

—No es mas que eso?—dijo el rey, aleccionado por el cardenal:—decidle que venga, porque os doy mi palabra real de que le sucederá lo que á vos.

Fiado en esto, el gran prior fué apresuradamente á ver á su hermano y le determinó á venir á Blois.

Llegaron el 11 de Junio de 1626.

El 12 estaban presos los dos.

El caballero echó llamas.

Acusó de traicion al rey en voz alta, y sus palabras fueron referidas á Luis XIII, quien dijo sonriendo:

—De qué se queja? No le prometí que *le sucederia lo que á su hermano?*

Hé aquí lo que era la conciencia de un rey. Eso era perfectamente digno de un descendiente de Luis XI, de ese príncipe que juraba sobre el santo copon despues de haber tenido cuidado de hacer sacar de él secretamente las hostias, creyendo que de ese modo podria violar impunemente el juramento que habia hecho.

Sea lo que fuese, los dos hermanos fueron conducidos á Vincennes y encerrados en el Torreón.

El duque conservó mucha calma; pero el caballero no podia olvidar el infame lazo que se le habia tendido. No cesaba de pronunciar imprecaciones contra el cardenal, sin que se le escapara el rey, quien *se habia envilecido*, decia, *hasta servir de compadre á ese mal clérigo sin corazon y sin fé*. Cuando supo que Ornano habia muerto, dijo moviendo la cabeza:

—Eso es un mal agüero para nosotros; he comprendido bien que se temia mi testimonio, con motivo de la palabra que el rey me habia dado; tengo miedo de que lo mismo que al mariscal, no se nos juzgue.

Demasiado justificaron este temor los acontecimientos.

El parlamento, dócil á la voluntad de Richelieu, cesó de ocuparse en este negocio, á pesar de las urgentes solicitudes de la duquesa de Vendôme, y *la justicia de Dios*, que tan maravillosamente habia servido al cardenal haciendo que el vértigo de Ornano, *umentara el mal*, le ayudó respecto del gran prior, quien atacado de una enfermedad de languidez, murió en su prision el 8 de Febrero de 1629.

Un historiador dice:

«Se tenia tan poco como culpable, que nunca hizo la confesion de ninguno de los hechos que se le imputaban como crímenes, y al morir protestó por el santo sacramento, que no tenia nada que reprocharse, á ménos que no fuese el crimen de trabajar en disuadir á Monsieur de que se casara con la señorita de Montpensier.»

Richelieu, que se he tomado tanto trabajo para manifestar en sus memorias que fué enteramente natural la muerte del mariscal Ornano, intenta igualmente presentar la del gran prior bajo la misma faz, sin parecer apercibirse de que esas defensas que no vienen al caso constituyen la mas terrible de las acusaciones.

« El gran prior, dice, tenia el corazon tan grande, que no queria recibir en su prision ningun consuelo, de manera que el médico Riolant declaró, por un escrito que dió firmado de su mano el 16 de Agosto de 1628, que desde el 10 de Septiembre de 1626, fué atacado de unas calenturas que se convirtieron en tercianas hasta el mes de Enero de 1627, teniendo el bazo crecido y el hígado hinchado, y habiéndose quedado el bazo duro, á pesar de habersele aplicado remedios *aperitivos*, lo cual muchas veces le causaba la calentura; que esa mala disposicion del bazo provenia de lamentables accidentes; que sus pulmones estuvieron atacados de tos y de flecciones, y á menudo volvia la calentura violenta y continua durante cuatro ó cinco dias, para cuya estincion era preciso sangrarle á menudo, lo que no impidió que á la larga se hiciese mas frecuente, volviendo casi cada quince dias; luego vinieron latidos de corazon y vértigos muy grandes, hasta hacerle caer si no lo hubiesen detenido; y que en fin, la pesadez del bazo debilitó tanto su cuerpo, que ya no podia hacer ejercicio.

« Luego le atacó un gran cólico, parte de humores, parte de nervios, para el cual le hicieron beber aguas; y el rey, á fin de que fuesen mas útiles, le permitió pasearse en los jardines; y la señora de Vendôme dió muchas gracias al cardenal, por cuyo medio creia haber recibido esta gracia de S. M.

« Pero á pesar de eso, las aguas no le sirvieron de nada, y el bazo, que se hizo mas doloroso abajo de las costillas falsas, creció hasta el riñon izquierdo, de modo que no podia tocarse sin dolor, anchándose hasta el cartílago xiphoides, lo cual hizo dudar si estaba esquirroso, y que por la cercanía, tocando al hígado como lo hacia, ó por un reflujó de humores, lo ofendiese y le produjese una hidropesía, que desde la edad de tres ó cuatro años le habia atormentado; que desde el mes de Agosto de dicho año, su mal aumentó siempre á causa de la estrema melancolia de su espíritu; que el 7 de Febrero de 1625 estuvo en la estremitad y recibió los sacramentos; y el obispo de Nántes fué enviado á su lado de parte de la reina, para consolarle, cosa que se creyó le fuera muy agradable.

« Al morir, dijo á Castelnau, que le rogaba dijera al rey que le perdonara, y que le suplicaba no faltara á ese encargo; que ni de hecho, ni de pensamiento, habia tenido intencion de ofender su persona, teniendo cuidado en esta estremitad, de hacer saber al rey que á lo ménos, si habia faltado en algo en su estado por sus cábalas, nunca habia sido de los que hubiesen intentado nada contra su persona.

« Murió el 8 de Febrero entre dos y tres de la tarde, muy arrepentido y muy dichoso, puesto que la felicidad de esta vida depende del último momento.»

El guarda sellos escribió al cardenal que el obispo de Nántes, despues de haber visto el lugar de su habitacion y la órden de la guardia y del servicio, se admiró mucho, y dijo en voz alta que subsanaria las calumnias que decian que los dos hermanos estaban en un lugar mal sano y mal asistidos.

« El señor de Vendôme deseó que dicho señor obispo fuese á verle para consolarle, lo cual pareció bien á la reina madre, sabiendo que agradaría al rey que nada se le rehusara.

« El guarda-sellos permitió que el cuerpo del gran prior fuese abierto, como lo deseaban el señor y la señora de Vendôme, para ser embalsamado y enviado al lugar donde querían mandarle.

« Hízose el proceso verbal de todo eso.

« Hallóse el hígado hinchado, ocupando el hipocondrio, y el lado izquierdo se habia estendido mucho y estaba como esquistoso, y blanquizco adentro y afuera, y sin ninguna mancha roja este.”

Cuánta destreza! Cuánta sutileza en el lenguaje!

Mirad! El honrado ministro, el santo cardenal, casi se hace médico.

Explora las entrañas del gran prior, las toca, las examina, y en cada lugar parece que se detiene para decir:

— *Ya veis que no hay ninguna señal de veneno. Le ha herido la justicia de Dios, eso es todo....*

Ah! santo hombre, qué lástima que haya tantas manchas de sangre en esa túnica de inocencia; que trabajo os tomáis en ajustárosela á vuestro talle!....

Pero, ministro tan clemente, puesto que el Torreón de Vincennes era tan fatal á las gentes que hacíais encerrar en él, por qué no volvíais la libertad al duque de Vendôme despues de la muerte de su hermano?

El cardenal previó esta objecion, y declara en sus Memorias, que si el duque no fué inmediatamente puesto en libertad, fué por culpa del parlamento, quien parecia complacerse en prolongar los males del preso y temporizaba para aprobar los perdones concedidos por el rey....

Si, pero entónces á quién obedecian las gentes del parlamento cuando la voluntad del ministro era tan poderosa como la del mismo rey?

Richelieu, si habia sido un grande hombre, eso no prueba mas que una cosa para siempre deplorable, y es, que en la sociedad, tal como era entónces, se podia ser un hombre muy eminente, muy poderoso, y un infame y profundo malvado.

Acaso en nuestros dias sucede de otro modo; no negamos que así sea; pero en conciencia, no nos atrevemos á afirmarlo.

El duque de Vendôme no salió de la prision sino hasta el fin de Diciembre de 1630, despues de tres años y medio de cautividad; pero ántes de que hubiese salido del Torreón, el infame Gaston habia hecho nuevas promesas, que otros y no él debían expiar.

No era bastante que hubiera hecho aprisionar á sus amigos, y que les hubiera abandonado en los calabozos; le faltaba hacer encerrar en la prision y abandonar en ella á las mugeres, cuya única culpa era haber creído que en el pecho de aquel miserable latía un corazón de hombre.

Ya hemos dicho que miéntras que el mariscal Ornano moría en el Torreón,

Gaston de Orleans, por quien se habia sacrificado, se reconciliaba con su madre, con su hermano y con el cardenal, y se casaba con la señorita de Montpsnsier, á quien ántes habia abandonado con sus desdenes.

Parecia que en lo de adelante debia reinar la armonía entre esos personajes, cuando un nuevo acontecimiento volvió á dividirlos.

La señorita de Montpsnsier como si no hubiese podido soportar la vergüenza de haberse unido con un príncipe tan vano, tan egoísta y tan cobarde, murió casi súbitamente.

Gaston, ya viudo, y además animado por la impunidad, volvió á empezar á hacer la oposicion.

Se enamoró de los encantos de la princesa María Luisa de Gonzaga, duquesa de Nevers, hija del duque de Mantua, y anunció la intencion que tenia de casarse con ella, sin inquietarle nada que esa alianza desagradara al rey su hermano y al cardenal.

La reina madre María de Médicis, fué la primera que se indignó de ese acto de independenciam.

Mandó á Gaston que renunciara á ese proyecto.

—Madre mia y señora,—respondió el príncipe, quien en esta vez tenia razon,—me casaron la primera vez contra mi voluntad, creo que á lo ménos por lo segunda, debo casarme á mi gusto.

—Os digo,—respondió la altiva princesa,—que ese matrimonio no se efectuará.

—Y haceis mal en decir eso, señora, porque he resuelto casarme sin el permiso, el cual me podrán rehusar.

—Eso es desobediencia!

—Es independenciam! El cardenal es un tirano que os domina; pero á mí no, señora!

—Cuidado, Gaston!

—El es quien debe tener cuidado. Creéis que la nobleza de Francia no está cansada de tener que arrodillarse delante de ese clérigo?

La reina estaba furiosa.

Gaston, como un verdadero calavera, no se asustaba por la cólera de su madre, y continuó visitando con preferencia á la princesa á quien amaba y de la que habia logrado hacerse amar.

El rey intervino entónces, y prohibió á su hermano que continuara con galanterias que no podían tener ningun resultado.

Entónces Gaston recurrió á la astucia, y como á falta de talento, tenia á sus órdenes el de los jóvenes señores que le rodeaban, continuó mirando á la princesa de Gonzaga por medio de mil estratagemas mas ó ménos ingeniosas.

Se reunían en las fiestas públicas, en las partidas de caza, en las asambleas y

en los sermones de los predicadores mas famosos, de manera que su encuentro parecía siempre un caso fortuito.

A fin de poner término á esos amores romancescos, Luis XIII, que preparaba una expedición contra el duque de Saboya y contra los españoles, quiso llevar á su hermano al ejército; pero Gaston rehusó seguirle.

Ese mismo dia vió á la princesa en la caza.

—Quieren separarnos,—la dijo;—pero no lo lograrán.

—Eso es lo que veremos,—dijo en voz baja un capuchino oculto detras de los arbustos, y quien desde el principio de la caza no habia perdido de vista á los dos amantes.

Ese capuchino era el padre José, quien algunas horas despues, referia á su amo Richelieu, todo lo que habia oido.

—Y estás seguro,—le dijo el ministro,—de que esta tarde deben volverse á ver en el sermon?

—A lo ménos estoy seguro de que lo proyectan; la duquesa de Longueville acompañará á la princesa; las dos irán disfrazadas de mugeres del pueblo. El príncipe irá de paisano y sin espada.

—Oh!—dijo riendo el cardenal;—su espada no es de temer, sino su gritería de niño malcriado, y esto no debe detenernos.

En ese momento, la intencion de Richelieu era hacer arrestar á la princesa y á la duquesa de Longueville con su disfraz, á fin de que ese lance hiciese el mayor ruido posible, y que el honor de la princesa se comprometiese de tal modo, que el casamiento que Gaston queria hacer, fuese imposible.

Pero las cosas tomaron otro giro.

En efecto, las dos señoras y el príncipe se hallaron en el sermon en la misma capilla, y disfrazados como lo habian convenido.

Concluido el sermon, el príncipe salió primero de la iglesia; María de Gonzaga y la señora de Longueville le siguieron de cerca, y ya habian atravesado el dintel de la puerta donde las esperaban muchos escentos de la casa del rey, cuando de repente las rodearon muchos jóvenes señores favoritos de Gaston, entre los que se hallaba el duque Puylaurens, quien dijo en voz bastante alta, y llevando la mano al puño de su espada:

—Desgraciado del que os insulte, señoras.

Las dos damas se pusieron á temblar.

—Andad lo mas pronto posible,—les dijo Puylaurens mas bajo,—y no temais; mis amigos y yo velamos por vosotras.

Puylaurens habia sido instruido del proyecto del cardenal, por du Fargis, gentil-hombre, cuya muger, dama de honor de Ana de Austria, habia sorprendido el secreto en el palacio de la reina madre, donde casualmente se encontraba al mismo tiempo que Richelieu.

Las dos señoras y su escolta llegaron al hotel de Longueville, sin que los es-

centos se hubieran atrevido á afrontar la amenaza de Puylaurens; pero en cuanto entraron las dos amigas, y en cuanto desapareció su escolta, el escento que llevaba la orden, hizo guardar las salidas del hotel por sus compañeros, entró con resolucion, y se hizo anunciar como encargado de un mensaje del duque de Orleans para la princesa María y para la duquesa su amiga.

Anunciáronle como tal, y le introdujeron sin dificultad.

—Señoras,—dijo,—se han engañado al anunciarme como enviado de monseñor el duque de Orleans; del rey es de quien he recibido la mision de venir á vuestra casa y de asegurar vuestras personas.

—Prenderme en mi casa! Atreverse á aprehender á la princesa!—esclamó la señora de Longueville, queriendo dirigirse hácia la puerta para llamar á sus gentes, nunca lo sufrirá!

—Cuidado, señora: mirad la orden, vuestro hotel está cercado; no agraveis este negocio con un escándalo inútil. Un carruaje espera en vuestra puerta, y os mando, con todo el respeto que os debo, que obedezcais las órdenes de S. M.

Fué preciso resignarse.

Felizmente las dos amigas habian tenido tiempo para quitarse sus disfraces, y de este modo se libraban del escándalo con que habia contado el cardenal.

—A dónde nos llevais?—preguntó María de Gonzaga subiendo al coche.

—Al bosque de Vincennes, señora.

Y el coche rodó.

Ya era tarde cuando llegaron al Torreon.

Allí las presas pidieron hablar al gobernador, contando con que no las trataría como á presas ordinarias, y les daría una buena habitacion; pero se les dijo que no se podía molestar al señor gobernador á esa hora, y que debian ser tratadas segun el reglamento.

Luego un boquetero que llevaba una hacha, y precedido de un llavero, les mandó que le siguieran.

Las dos amigas obedecieron temblando, y con paso mal seguro, entraron en una escalera de piedra á la que alumbraba con siniestra luz el hacha que llevaba el conductor.

El llavero abrió sucesivamente muchas puertas, muchas rejas, y el ruido de las cerraduras, y el rechinado de los cerrojos, aumentaban aún el terror de las cautivas. Por fin, se abrió una última puerta.

—Entrad,—dijo el hombre de la hacha.

Y se adelantó en el cuarto cuya puerta acababa de ser abierta.

Que se juzgue de la desesperacion de la duquesa y de Maria de Gonzaga, cuando se vieron en medio de un calabozo sin muebles, no teniendo por ventanas mas que ventanillos sin vidrios, á traves de cuyas rejas penetraba un viento glacial.

—Oh! es imposible,—esclamó la señora de Longueville;—es imposible que vayais á dejarnos aquí.

—Este es el depósito provisional de los que llegan en la noche,—dijo el boquetero; mañana será otro día.

—No veo cama, ni una silla.



El hombre de la hacha, por toda respuesta, señaló con el dedo una paja estendida en un rincón, y luego, haciendo una seña al llavero, se dirigió á la puerta, y los dos salieron dejando á las presas llenas de desesperación.

Gaston se encolerizó mucho cuando supo la prisión de María de Gonzaga; prorumpió en amenazas contra el cardenal, contra la reina madre; pero no dió un paso, no hizo una tentativa en favor de la muger á quien amaba, y aun no había pasado un mes, cuando ya lo había olvidado todo. Felizmente, algunos personajes de influencia tomaron parte en este negocio. El cardenal Bérude, que tenía algún imperio en el espíritu de la reina madre, usó de él para hacerle co-

nocer la severidad inaudita que se usaba con dos personas de un rango muy elevado, para temer las mas graves consecuencias, y suscitarle á ella, madre del rey, poderosos enemigos. Al mismo tiempo, los duques de Puylaurens y de Bellegarde, el presidente Coigneux y el padre Gondreu, confesor de Gaston, afirmaban por su honor, que Monsieur nunca había tenido intención de llevarse á la princesa María para casarse con ella en alguna ciudad de su dominio, segun las voces que habían corrido. En fin, el mismo Luis XIII se manifestó indignado por el modo con que se había tratado á una princesa hija de un soberano, y las dos amigas fueron puestas en libertad despues de treinta y siete dias de prisión. Este negocio no tuvo consecuencias. El amor de María á Gaston se había cambiado en un desprecio muy merecido, y ya no quiso volver á verle.

Quince años despues, en 1645, María de Gonzaga, que había estado á punto de casarse con Cinq-Mars, se casó con el rey de Polonia Sigismundo-Ladislao IV, viejo, enfermo, achacoso, que la hizo sufrir toda especie de humillaciones.

Este soberano murió en 1648 y Juan Casimiro II que le sucedió, pidió y obtuvo dispensas para casarse con su cuñada de quien hacia tiempo estaba enamorado, y quien desde entónces fué completamente feliz.

El amor de este príncipe por María de Gonzaga era debido á una de las mas singulares circunstancias.

En 1639, Juan Casimiro, quien pasaba por uno de los mas grandes capitanes de esa época, había sido llamado á España para mandar el ejército que debía marchar contra Luis XIII.

Atravesaba la Francia de incógnito, cuando fué descubierto, preso y encerrado en el Torreón de Vincennes.

Allí, en las paredes del calabozo en que estaba, halló escritos algunos versos, pensamientos y lemas, que anunciaban que el autor tenía los mas nobles sentimientos unidos á un talento distinguido.

Preguntó quién era el preso que había escrito esas cosas, y supo que fué María de Gonzaga.

Desde esa época concibió por esa muger encantadora los mas tiernos sentimientos.

Afligióle profundamente el casamiento de esa princesa con su hermano Sigismundo-Ladislao, y cuando fué rey, se apresuró á ofrecer su corazón y su mano á la única muger á quien había amado en toda su vida.

Miéntas tanto, el duque de Puylaurens continuaba luchando contra Richelieu.

Despues de haber llevado á Gaston á Bruselas, había negociado el matrimonio de este príncipe con la princesa Margarita, hermana del duque de Lorena, y este matrimonio se efectuó sin el conocimiento del rey.

Luis XIII, para vengar ese ultrage, invadió la Lorena, y por una sentencia del parlamento, hizo romper el casamiento de su hermano.

Pero eso no impedía que la retirada de ese príncipe á los Países-Bajos, dejara de causar á Richelieu vivas inquietudes.